Año VII. —
N.o 300. —

EL DIA

Montevideo.
Octubre 9 de 1938.



Homenaje a la memoria de la raza aborigen. Grupo escultórico de Prati, Lussich y Furest Muñoz, al abrigo de un venerable "timbó", en el Prado.

R. y J. CARUSO
FOTOS

LA ULTIMA VISION DE LOS INDIOS CHARRUAS

(Especial para "EL DIA")

EL "DIA DE AMERICA". —

12 de octubre. Aniversario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón. Es el "Día de América", como era llamado con toda propiedad, hasta que se le incorporó a los feriados oficiales, dándole el nombre de "Día de la Raza".

¿De qué raza?, cabe la pregunta. ¿De la raza europea, descubridora, y conquistadora después? ¿De la roja, dueña hasta entonces del continente? ¿De la mestiza, mezcla de ambas? ¿O acaso de la negra, traída del Africa para ser de esclava a los que despojaron a los indígenas? ¿O acaso de la mulata, hija de blancos y negros?

Los que tal denominación adjudicaron al 12 de octubre, habrían de responder. Pero ante la imposibilidad de ello, y no estando a nuestro arbitrio la torna al "Día de América", creemos que si alguna raza debe recordarse el 12 de octubre es la aborigen.

Tal concepto, si bien compartido por nosotros, no es original nuestro. Tuvimos oportunidad de oír al desaparecido hombre público D. Baltasar Brum expresarse así cuando ejercía la Presidencia del Consejo Nacional de Administración y la de la Comisión de Festejos del Centenario .Fué como resultante de ese criterio que tomó la iniciativa para erigir en bronce las estatuas de los indios charrúas llevados a Paris en 1833 por Mr. de Curel con destino a estudios antropológicos.

VAIMACA - PIRU. —

No se trataba de indios vulgares. Eran individuos destacados dentro de aquella tribu heroica. El principal de ellos, Vaimaca-Pirú (Vaimaca el Flaco, en guaraní) había sido elegido cacique, por los suyos, a causa de su valentía y ardor en el combate.

En 1814, con algunos de sus súbditos, sirvió a las órdenes de Artigas en la guerra por la autonomía de la Banda Oriental. Cuando el General Artigas se retiró al Paraguay, Vaimaca estuvo algún tiempo abandonado, y luego fué protegido por el General Fructuoso Rivera. Este gran caudillo lo tuvo primero agregado a su estado mayor, y luego aprovechó sus condiciones confiándole el mando de un cuerpo de indígenas que se distinguió en la guerra sostenida por orientales y argentinos contra el Imperio del Brasil.

"Constituyó un espectáculo poco común —dice un historiador francés— ver al charrúa Vaimaca cargando, a la cabeza de su horda de salvajes, desnudos y montados en pelo, sin otras armas que las terribles lanzas, y poner en derrota a los batallones enemigos ya medios vencidos de antemano por el terror que les inspiraban sus formidables adversarios". Hecha la paz y, reconocida la independencia del Estado Oriental, Vaimaca se retiró con su tribu al Ibicuy, en el cual permaneció hasta 1832, en cuyo año participó en la revuelta contra el Presidente Rivera. El Coronel Bernabé Rivera, sobrino del caudillo, lo hizo prisionero y lo salvó de una muerte segura.

Vaimaca iba a ser fusilado cuando Bernabé, tan distinguido por su humanidad como por su bravura, lo tomó bajo su protección y lo hizo conducir, con otros prisioneros charrúas, a la ciudadela de Montevideo. El generoso Bernabé fué mal recompensado: días después, otra partida de charrúas le dió muerte.

SENACA. —

Senaca, otro de los indios llevados a Francia, se caracterizó también por su valentía. Era, además, el curandero de la tribu, e inseparable y fiel compañero de Vaimaca en todos los azares de su vida. Había recibido formidable herida en el pecho durante la campaña por la independencia oriental.

TACUABE. —

Tacuabé, el más joven de los tres varones arrancados a su tierra, se crió entre los gauchos y se hizo famoso domador de caballos desde muchacho, adquiriendo, simultáneamente, un conocimiento tan perfecto de toda la campaña que se destacó como baquiano sin igual. Fructuoso Rivera, admirado por su habilidad, lo tuvo algún tiempo a su servicio; pero aquél huyó de las tropas gubernativas para participar en la intentona revolucionaria que costó la vida a tantos de los suyos.

GUYUNUSA. —

Por último, el cuarto expatriado a la fuerza, era una joven charrúa de nombre Guyunusa, mujer de Tacuabé y normal parecida, dentro del tipo de su raza.

LA EXHIBICION. —

Invitados por Mr. de Curel, algunos miembros de la Academia de Ciencias de París, realizaron una visita a los charrúas con fines de estudio, aunque el interés no duró muchos días, lo que resulta inexplicable.

Poco después, Curel cedió los indígenas a un empresario de circo, el que empezó a explotarlos de la manera más inicua, tratándolos como animales y haciéndoles practicar, ante el público, los ejercicios y habilidades comunes entre ellos. Los expatriados cumplían el programa muy a su pesar. Solamente Tacuabé, que era de carácter jovial, tomó el asunto con cierto humorismo que se materializaba imitando los gestos y actitudes de los curiosos que desfilaban por la barraca. También hacía dibujos de un infantilismo neto. Asimismo jugaba a los naipes con sus compañeros usando una baraja construída y pintada por él, inspirada en la española, pues contaba cuatro palos con diez figuras cada uno.

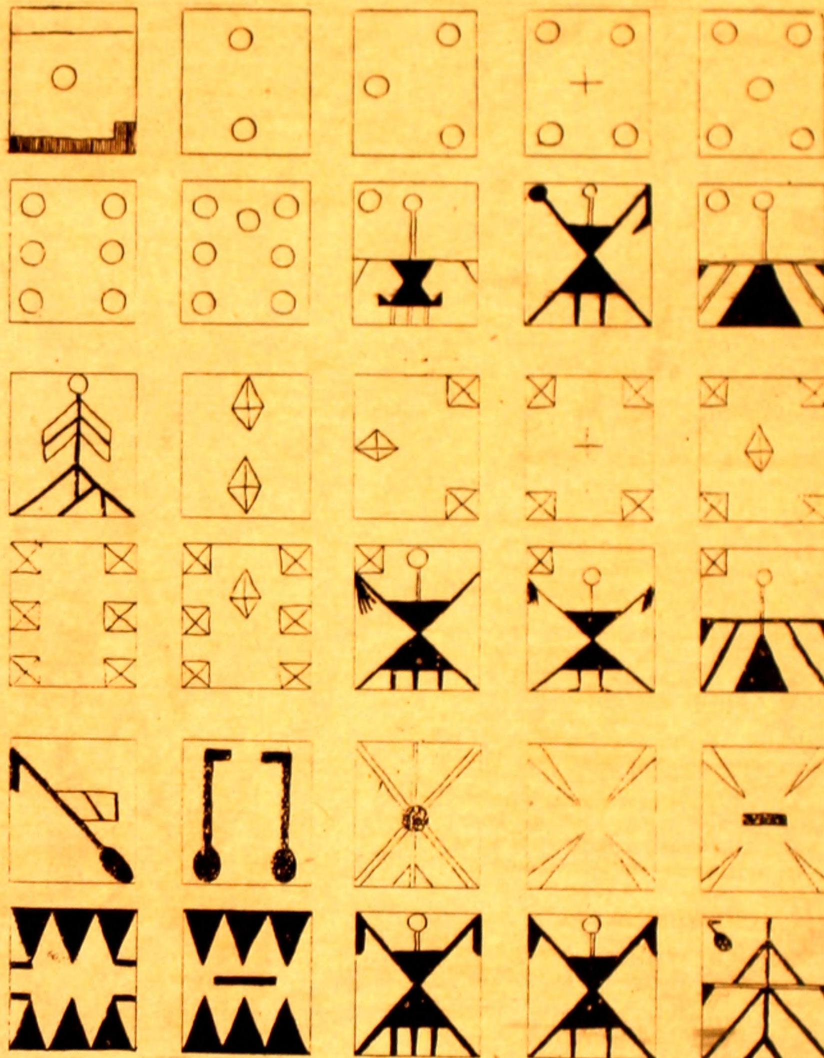
Nadie se interesó, en ese momento, por la suerte de aquellos infelices arrancados a la tierra amada, único horizonte dentro del cual la existencia era factible para esos seres acostumbrados a la vida libre, a las llanuras solitarias e inmensas, sin más límite que el de su fantasía; al galopar, sin barreras, de sus briosos corceles, al desarrollo pleno de la individualidad sin otro dique que el de otra fuerza mayor o rutinaria.

Era lógico que aquellos seres, trasplantados a un ambiente radicalmente antagónico de aquel que encerrara la cuna y la tumba de su raza, no pudieran subsistir por largo tiempo.

LA SENDA DOLOROSA. —

El primero en sucumbir fué Senaca. Ingresó al hospital el 23 de julio y murió cuatro días después. "Fiebre de consunción", —dice el diagnóstico médico— originada por "la desesperación, el aburrimiento y especialmente la nostalgia" Exhaló su último suspiro, sin haber proferido una sola queja durante los tres días que duró su agonía. Su cuerpo fué transportado al Museo de Historia Natural y vaciado en bronce.

Dos meses después de la muerte de Senaca, un nuevo acontecimiento jalonó la historia de los charrúas. Guyunusa, el 20 de setiembre de 1833, dió a luz una niña concebida antes de la salida de Montevideo, e hija de Tacuabé. Son curiosos los detalles de los cuidados eficaces que Tacuabé prestó a su mujer para facilitar el parto y que están consignados en la monografía del profesor francés Paul Rivet, y de cuyo estudio tomamos estos antecedentes.



Juego de naipes dibujado y coloreado por Tacuabé.

Después del parto felíz de Guyunusa, los indios fueron trasladados a un local de mejores condiciones. Pero ya era tarde. A fines de 1833, Vaimaca, el cacique, siguió, a su vez, la suerte de Senaca, sin que sean conocidas las circunstancias de su fallecimiento. Sin embargo, la deducción es fácil. Esas muertes sucesivas deben achacarse a las lamentables condiciones de vida impuestas a los desgraciados charrúas, ya



Senaca ,curandero de la tribu.



Viamaca-Pirú ("pirú", quiere decir "flaco", en guaraní).



Caricatura hecha por Tacuabé.

por Curel o por aquellos a quienes cedió los indígenas, y muy especialmente —como dijo el médico que asistió a Senaca— a "la desesperación, el aburrimiento y la nostalgia".

Aquellos hombres quizás habrían recurrido a la policía para que los protegiera contra el trato indigno de que eran objeto, si hubieran sabido expresarse en francés; pero cuando algo supieron de esa lengua ya la muerte llegaba para librarlos de una existencia cuya amargura sentían profundamente.

Coando la policía francesa se resolvió a intervenir, el explotador sacó de París a Tacuabé, a Guyunusa y a la hija de ambos, para trasladarse a Estrasburgo y de allí escapar a Alemania.

MUERTE DE GUYUNUSA. —

En Estrasburgo se habían tomado medidas contra aquel sujeto, pero, advertido a Lyon con sus víctimas. Pocos días después, Lyon con sus viitimas. Pocos días después, el 22 de julio de 1834, Guyunusa hubo de ingresar enferma, al Hotel Dieu. Allí murió a las pocas horas por la misma causa que Vaimaca y Senaca.

TACUABE Y SU HIJA. —

En seguida desapareció el explotador con Tacuabé y la indiecita, creyéndose que se internaron en Suiza o en Alemania. Lo más probable es que los últimos charrúas no hayan resistido por largo tiempo a los males que concluyeron con sus tres compatriotas. Sin embargo, existe actualmente en Lyon una familia francesa que se dice descendiente de los indios charrúas.

EL HOMENAJE NACIONAL. —

La Comisión Nacional del Centenario, por iniciativa de su presidente el doctor Baltasar Brum, resolvió en 1930 tributar un homenaje a la memoria de la raza aborigen, trasladando al bronce eterno la última visión de los cuatro charrúas cuya odisea por Europa acabamos de reseñar a grandes rasgos. Se ha tomado como documento inspirador una litografía de la época, en que aparecen Vaimaca, Senaca, Tacuabé y Guyunusa, de cómo eran presentados al público en los primeros días de su permanencia en París; habiéndoseles agregado la indiecita hija de estos dos últimos. Además, fueron instrumentos de estudio los bustos en cera de Vaimaca y de Guyunusa modelados sobre las estatuas de los mismos que existen en el Jardín de Aclimatación de París, obtenidos gracias a la buena voluntad y diligencia del actual ministro de Relaciones Exteriores Dr. Alberto Guani, entonces Embajador ante el gobierno francés.

La ejecución de este grupo escultórico fué encomendada a los artistas uruguayos Edmundo Prati, Enrique Lussich Siri y Gervasio Furest Muñoz y hoy las estatuas se ofrecen a la curiosidad pública, en el Prado Oriental, junto a la margen izquierda del arroyo Miguelete, al abrigo de un venerable "timbó", árbol netamente indígena.

Es cierto que el pensamiento primitivo del Dr. Brum no radicaba en que la obra escultórica, constituyera un monumento consagratorio, sino un trabajo de índole documentaria. Pero no es menos verdad que la idea fué recibida con calor por la propia Comisión del Centenario y ejecutada con amor de artista. Además la composición de la entidad, que votó los fondos, —modestos por cierto,— elevaba aún más el nivel de la iniciativa.

En efecto, integraban la Comisión N. del Centenario, representantes de todos los poderes del Estado y principales organismos.

Es un homenaje justificado. Eran los charrúas los primitivos dueños de la tierra uruguaya. Verdad es que ésta fué habitada antes de la conquista, también por otras tribus guaraníes; mas la altivez, la valentia, las características raciales se agudizaban en tan alto grado en los charrúas que los señalaban como los verdaderos dominadores del suelo.

No carecieron de dotes hospitalarias, lo que prueba que la crueldad que se les atribuye es algo dudosa. Sin embargo, fueron indomables, en cuanto a su soberanía sobre la tierra. Jamás se humillaron ante el español y sus descendientes que, poco a poco, fueron apoderándose del solar nativo. Palmo a palmo lo defendieron durante tres siglos. La fuerza pudo más que ellos. De cinco mil guerreros, en que se fijó su número al llegar los primeros exploradores del Plata, sólo unos pocos centenares quedaban al convertirse el país en república independiente.

Se ha dicho que eran refractarios a toda civilización. No es exacto. Prueba de ello es que supieron utilizar del conquistador lo que más se avenia a sus condiciones, el caballo, y algunas armas y utensilios.

En poco tiempo se hicieron pintadísimos jinetes —(muy superiores a los peninsulares),— vendaderos centauros de la Pampa.

Dotados de espléndido vigor, valientes, perspicaces, astutos, pudo haberse intentado algo más para atraerlos a la civilización europea. Por causas que no pretendemos profundizar, no se quiso o no se pudo. Lo cierto es que su existencia despierta en nosotros un sentimiento de admiración por toda la raza aborigen y de compasión por los ejemplares de la misma que no tuvieron el consuelo de cerrar sus ojos, por última vez, en el seno de la tribu acampada en las cuchillas que vieron sus temibles hazañas y acostumbradas correrías.

Ricardo ESCUDER.



Grupo de indios charrúas llevados a París por Mr. de Curel, con destino a estudios antropológicos, documento que ha inspirado, con otros estudios, la composición del grupo escultórico.



Guyunusa, mujer de Tacuabé.



Tacuabé.

2.o SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES



Marta Castell Carafí. Desnudos.



N. Urta. Marina.



Guillermo Rodríguez. Premio Artes del Dibujo.



Alfredo Savio. Escultura.



Oscar García Reino. Retrato.



J. Sciutto. Premio Escultura.

Ha sido ya clausurada la Exposición del Segundo Salón Nacional de Bellas Artes, muestra interesante de la labor de nuestros artistas, que ha revelado la existencia de auténticos valores propios. Completando la información que oportunamente dimos, publicamos en este número el resto de las obras premiadas por el jurado, o con menciones.



Adolfo Pastor. Pescadores.



Ricardo Aguerre. Maternidad. Premio Artes del Dibujo.



Moller de Berg. Escultura. Premio Banco de la República



J. Ventayol. Cuadro adquirido por el Museo Municipal.

CINE

Luise Rainer, la estrella premiada por la Academia de Hollywood dos veces seguidas, reaparece ahora con "Mademoiselle Frau-Frou", comedia dramática de gran emoción y en la cual es acompañada por Melvyn Douglas y Robert Young, además de un excelente reparto. Cine METRO se enorgullece de ofrecer este film estrenado hace muy poco tiempo en Nueva York, donde obtuvo un éxito resonante.

"Mademoiselle Frou-Frou" se titula el nuevo film M. G. M. que exhibe con extraordinario éxito el Cine METRO y que tiene de estrella a la incomparable Luise Rainer, triunfadora dos veces con el lauro de la Academia de Hollywood. La acompaña en esta película Melvyn Douglas y Robert Young.



SOCIALES



Srta. HILDA MOIANO MARCHISIO



Sra. BLANCA MARTINELLI de CETRANGOLO



Sra. AIDA BARCELONA FERRARI de CAROZO

FOTOS DE MARCHESE



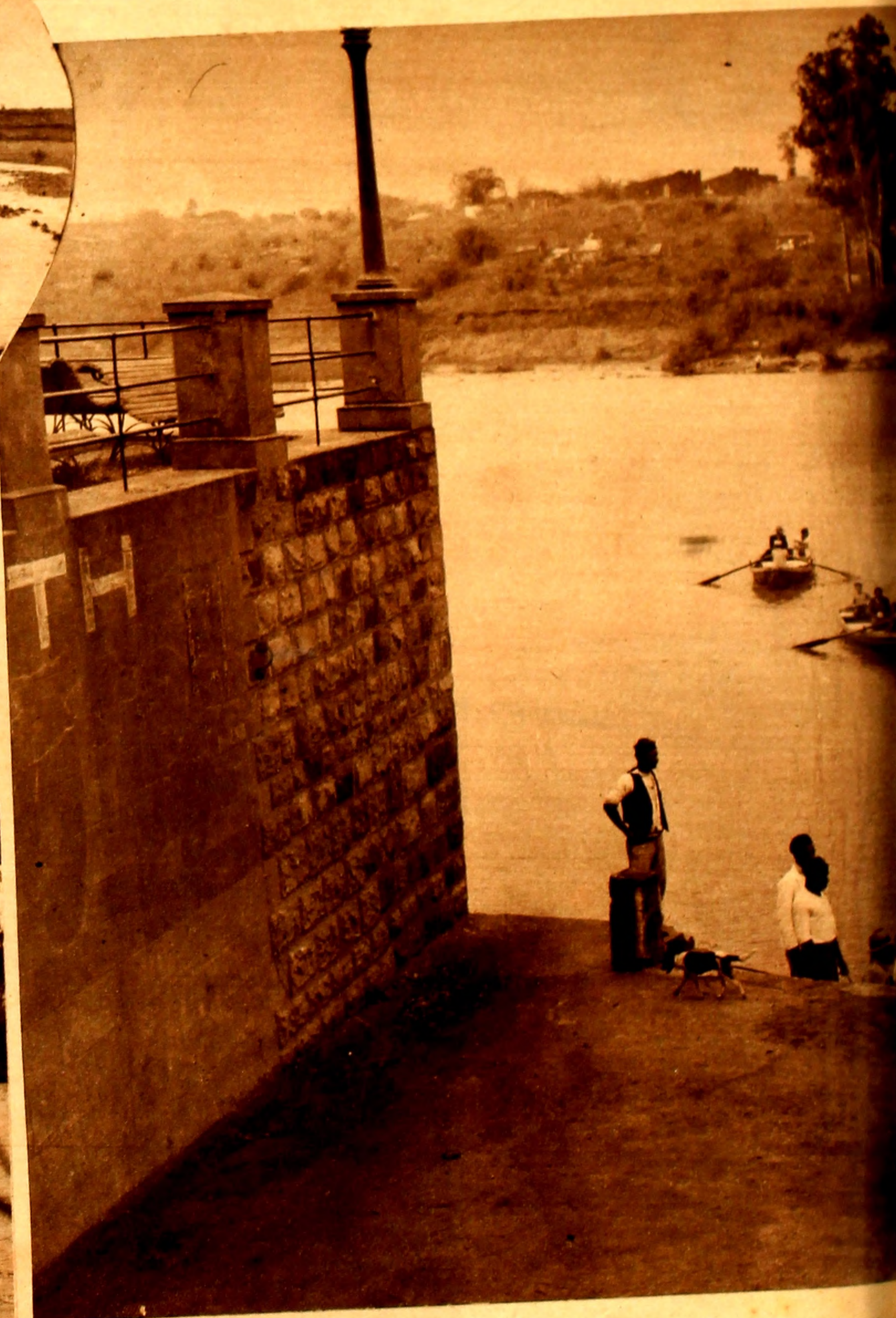
Nocturno sobre el Cuareim, vista tomada desde la explanada de la ciudad de Artigas.





Lavanderas en el territorio brasileño.





El "puerto", punto de embarque en la ciudad de Artigas, y los botes que cruzan el Cuareim.

El nombre, de indudable origen indígena, viene a ser como un diminutivo de "quarahy", que significa "agua de la fuente", o "agua del pozo", o "agua del orificio". 'Cuareim" vendría a equivaler, en lenguaje tui-guaraní, "pozo chico", "pocito", o "agujerito", según el Dr. Plinio Airosa, profesor "da idioma geral" en la Universidad de San Pablo, autoridad en la materia, quien ha evacuado esa consulta a Dn. Eladio Dieste, que nos la procura. Abona esa manifestación, sobre la autoridad en la materia de quien la pronuncia, el que se denomine "Quarahy" la población brasileña situada frente a la ciudad de Artigas, de la que el río Cuareim limita la frontera, pero no en todo su curso, sino solamente desde su confluencia con el arroyo Invernada.

Este río tiene en toda su extensión lecho de piedra, en general de bajo fondo, y conserva poco el agua, de modo que después de sus crecientes, pronto da vado en casi todas partes. Esta circunstancia impide que sea navegable si no en poco trecho, permitiendo en cambio el paso fácil, incluso a pie, de una a otra orilla.

Y no escasea el tránsito, por cierto, siendo frecuente advertirlo cruzado por los botes que trasladan pasajeros, por la balsa que conduce los autos, por unos cochecitos

Ot el qu en jin

RIO CUAREIM
DPTO. DE ARTIGAS

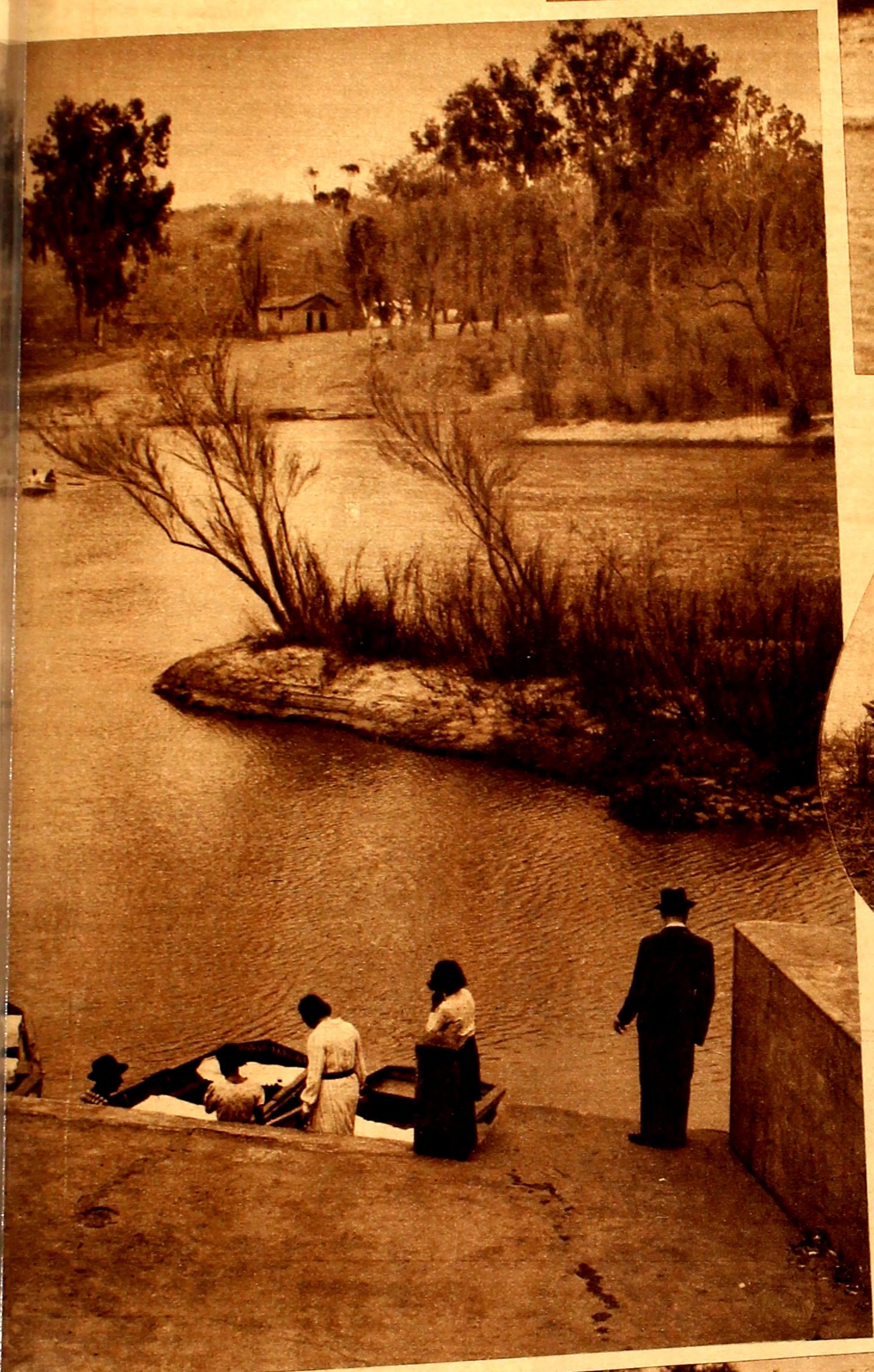
de las "picadas" atraviesan el ...n cochecito, que va de Artigas ...io brasileño, y un jinete que ...corriente en sentido contrario.

Entrada a la población brasileña de Quarahy, frente a la ciudad de Artigas.





Balsa que conduce a los autos para atravesar el Cuareim.



...picadas" por las que se cruza ...ndose advertir la silueta de ...e a pié, las manos ocupadas ... alto las provisiones, y la del ...ajo los cojinillos disimula sus alijos.



...uy pintorescos que se utilizan de ...úblico en la ciudad de Artigas, ...o que también se cruza a caba... picadas, y hasta a pie por la ...esta que adquiere sus provisio... población brasileña. Algunas de ...tografías han tratado de apresar ...encia y tránsito sobre el río, de...se la necesidad urgente de que ...un puente entre ambas orillas. ...rgenes del Cuareim están pobla...pesos montes de maderas blan... particularidad de que no hay ...alguna de pájaros, corriendo el ...unos lugares por entre cerros ca...s lugares pintorescos y de soledad.

EL EXITO DE LAS RUBIAS

Hoy en día las rubias son las mujeres de gran éxito en la vida mundana. Las personas observadoras que han frecuentado los grandes centros sociales de Norte América, Europa y especialmente París nos confirman nuestra opinión.

La mujer francesa es en general trigueña como la uruguaya y sin embargo se observa un elevado porcentaje de mujeres con cabellos rubios. En nuestra sociedad esta moda se ha generalizado gracias a la facilidad con que se decolora el cabello. El método francés que es el que se usa aquí consiste en aplicarse durante 3 días la manzanilla "verum" que se encuentra preparada en todas las farmacias y de este modo el pelo toma uniformemente un color rubio dorado encantador. La manzanilla verum es económica y se emplea en casa como una simple loción.

LOS SOBERANOS INGLESES EN LA INTIMIDAD

"SE ATREVIO A PONER EN HORA A LOS VIEJOS RELOJES DE SANDRINGHAM, QUE ATRASABAN DESDE HACIA SIGLOS"



Eduardo VIII, que jamás pudo encerrarse en el tradicionalismo de su país, lo que fué probablemente una de las causas principales de su abdicación.

ESTO ES LO QUE INGLATERRA PERDONO MENOS FACILMENTE A EDUARDO VIII QUE, APENAS SUBIO AL TRONO, VOLTEO TODAS LAS TRADICIONES Y PRETENDIO SEGUIR HACIENDO SU VIDA DE SOLTERO

El 22 de enero de 1936, después de haber asistido a los últimos momentos de su querido padre, el nuevo rey Eduardo VIII volvió de Sandringham en avión. Inglaterra y el Imperio tuvieron desde ese día la impresión de que un gran cambio iba a producirse, no solamente en las costumbres y hábitos de la corte sino también, probablemente, en ese conjunto de usos, de tradiciones y de imponderables que constituyen la propia substancia de la comunidad británica.

Nadie ignoraba que el príncipe de Gales tenía opiniones mucho más libres y mas modernas que su padre y se sabía tan poco dispuesto a someterse a ciertas rutinas que exige el respeto a las tradiciones inglesas que una gran parte del país pensaba que no reinaría.

No fué así y Eduardo VIII aceptó sin vacilación la corona de Jorge V, con gran satisfacción de las masas y con gran disgusto de ciertos defensores de las costumbres viejas, que sentían soplar un viento desfavorable.

Desde el primer día de su reinado, la ceremonia de la proclamación, a la que asistió desde su ventana con la señora Simpson detrás, tan mal escondida que los fotógrafos oficiales tuvieron que borrar su silueta de sus placas, comenzó a chocar a los amantes del tradicionalismo.

La adaptación de la corte y del personal de las moradas reales al género de vida del nuevo rey, provocaron también una multitud de nuevos conflictos.

LA REINA MARIA ABANDONA SU PALACIO

La reina María, que pensaba ser la dueña de casa en Buckingham Palace, se vió ofrecer la hermosa morada de Malborough House... y todas las facilidades deseadas para transportar allí sus colecciones de miniaturas y sus obras de caridad...

El rey, por otra parte, decidió no habitar aquel palacio que él juzgaba inhabitable y quería hacer transformar totalmente. Solamente conservó en Buckingham Palace cuatro piezas para su escritorio y los de sus secretarios y sus apartamentos de Saint James, alhajados con un estilo ultra moderno.

La rigidez de los horarios instaurada por la reina María cesó totalmente, lo que, sin embargo, no le impidió al rey trabajar mucho y llenar debidamente sus obligaciones de soberano.

Sin embargo se libró a una verdadera revolución haciendo poner en hora a todos los viejos relojes de Sandringham, que desde hacía siglos caminaban con atraso.

De mañana Eduardo VIII se hacía llamar a las ocho y tomaba una taza de te en la cama mientras leía los diarios, contrariamente a su padre que se contentaba leyendo los recortes. Después hacía llamar a sus secretarios —no siempre a la misma hora, por cierto— para despachar los asuntos corrientes.

Durante algún tiempo conservó a su servicio a lord Wigran, por deferencia a lo que había acompañado a su padre, pero su verdadero secretario particular era su amigo sir Godfrey Thomas, en el que debería encontrar tan devoto compañero en las horas trágicas que precedieron a su abdicación.

El trabajo, que siempre comenzaba por la resolución de los asuntos privados, era interrumpido por el breakfeast, que tenía lugar entre las once y once y media de la mañana.

El menú era muy variado. El rey tomaba a veces te, a veces café y hasta jugo de frutas con huevos, tostadas y apetitosas masas vienesas que se hacían expresamente para él.

Las visitas de la mañana fueron suprimidas y el rey recibía a los personajes oficiales a las seis de la tarde y hasta el inmutable consejo privado, que se realizaba a las diez de la mañana, fué transferido para las tres de la tarde.

Durante el almuerzo, que se realizaba a la una y media de la tarde, el rey reunía siempre a algunos íntimos, como ser su primo lord Luis Mountbatten, sir Duff Cooper, entonces ministro de la Guerra, el barón de Rothchild, algunos alegres norteamericanos que estaban de paso en Londres, etc. Wallis Simpson que, oficialmente, no era más que una invitada, llenaba, en realidad, y de una manera encantadora, por otra parte, las funciones de ama de casa. El menú era siempre muy variado y los platos extranjeros alternaban con los "viejos clásicos" de la cocina inglesa. Al rey le gustaba terminar su comida con un viejo coñac del que hablan con respeto todos los que tuvieron el honor de compartir su mesa.

LA VIDA DE SOLTERO

Eduardo VIII volvía en seguida al trabajo y era, generalmente, a la hora que telefoneaba a los ministerios.

En efecto, contrariamente a lo que hacía Jorge V que había dado severas instrucciones para que no se trasmitiera ninguna comunicación y que le tenía horror a ese medio de comunicarse, el joven rey hizo instalar tres aparatos en su mesa de trabajo. Uno de ellos era directo con Fort Belvedere, el otro lo unía a la red común y el tercero a sus piezas de Saint James Palace. Esta innovación de las telefoneadas reales provocó al principio una multitud de graciosos quiproquos. Un día —entre otros— el rey, que siempre se interesaba mucho por sus colaboradores, telefoneó al médico jefe del hospital Eduardo VII, en Windsor, para recomendarle a uno de sus sirvientes que se había lastimado.

—¡Hola! ¿quién habla? preguntó con voz seca el médico, que estaba muy ocupado.

—El rey.

—¡Pedazo de imbécil, si tiene usted ganas de dar bromas estúpidas sepa por lo menos que el rey no le telefonea a cualquiera!

Hubo que enviar un mensajero al buen médico para que, con gran confusión suya, se persuadiera de que realmente había hablado con Eduardo VIII. Escribió al rey una carta de excusas y éste le respondió echándose las culpas del engaño y agradeciéndole que lo hubiese hecho reír.



El duque de Kent, cuyo aspecto no desmiente por cierto lo dicho en esta crónica.

Cuando era principe de Gales, Eduardo VIII era un gran deportista y consagraba especialmente al golf, que era su ejercicio favorito, largas horas. Pero las tareas de la corona no le permitían más que breves partidas de tenis o un corto baño en su piscina privada de Fort Belvedere.

¡Fort Belvedere!

Era un viejo fortín del siglo XVIII construído por Jorge II, que el príncipe de Gales había hecho arreglar con un gusto encantador y decorar por los mejores decoradores parisinos y vieneses, guiado por los consejos de su querida Wallis.

La sala de guardia se transformó en un gran hall-estudio moderno, el interior de una de las torres fué cambiado en coqueto escritorio en donde el rey iba a realizar su ruda labor diaria cada vez que le era posible. Se arregló un cuarto con muebles tapizado con cuero blanco para Wallis Simpson, así como una salita que fué amueblada por sus indicaciones.

Eduardo VIII dibujó por sí mismo su jardín. Hizo plantar en él todas las clases de flores de la montaña, así como arvejillas y rosas que le gustaba recoger personalmente.

EL REY COCINERO

De noche, después que la hermosa "limousine" negra conducida por el discreto y fiel chauffeur del rey había ido a buscar a Wallis Simpson a Regent's Park, los alegres amigos se reunían en el gran comedor estilo norteamericano. Frecuentemente el menú era aumentado con un plato que el rey excelente cocinero, había querido preparar personalmente. Sus especialidades eran el "curry a l'Indienne", el "goulash a la hongroise" y la "cote de veau sautée auz champignons" que le había enseñado una anciana dueña de restaurant de los alrededores de Vichy, con la que le agradaba charlar cada vez que iba. Esta predilección del rey para cocinar dió lugar un día a una incidencia con un francés, que aún no ha vuelto de su sorpresa.

El rey había convocado para hacer trabajos en Fort Belvedere a uno de los decoradores franceses más en boga. Cuando éste llegó a la morada real fué introducido por un mucamo, que le dijo, señalándole una puerta:

—Entre, que Su Majestad lo está esperando.

Cual no fué la sorpresa del visitante al encontrarse en presencia del rey, en mangas de camisa, y con una sartén en la mano, que le decía:

—¡Ah! Ha venido usted, señor B... Le ruego que me disculpe, pero estoy en tren de hacer, por encargo de mis amigos, una salsa extremadamente difícil de hacer bien y me es imposible soltar la sartén.

En ese mismo momento entró, tambaleándose, un joven alto y que llevaba unas botellas debajo del brazo.

—Mi hermano, el duque de Kent,—anunció el rey.

Y prosiguió:

—¡Jorge, ofrécele un drunk al señor!

Tal era la vida en Fort Belvedere, que era, en toda la acepción de la palabra inglesa, el verdadero "home" de Eduardo VIII, que no sentía ninguna clase de atracción por las viejas viviendas reales.

Las quinientas piezas del Buckingham Palace le parecían un laberinto inútil y dió orden de cerrar la mayor parte de ellas y vender sus muebles. Tenía la intención de hacerse arreglar u ncómodo apartamento en el piso bajo y utilizar lo menos posible, para las ocasiones inevitables, las grandes salas de honor. Por otra parte decidió también que las grandes recepciones clásicas de la Corte serían reemplazadas por algunos "garden parties" en los jardines del palacio.

En Windsor, también, donde temía a las corrientes de aire y cuya sombría grandeza le desagradaba, no quería estar sino en algunas raras y excepcionales ocasiones.

El protocolo lo obligaba a hacer una estada en otoño en Balmoral, pero las vastas salas adornadas con trofeos de caza del viejo castillo escocés le ocasionaban "spleen" y como no cazaba ciervos ni se entretenía en pescar salmones, las soledades de los "moors" cubiertos de malezas y los "lochs" de aguas grises sólo eran para él una fuente de tristeza.

Decidió, pues, reducir su estada en Escocia a una semana y suprimir todas las grandes reuniones de caza, las fiestas de los "clans" y todas esas rústicas ceremonias escocesas que tanto agradaban a su padre. Numerosas reducciones del personal y un semi cierre del castillo fueron el resultado de esta reorganización, lo que le valió al joven rey la animosidad de una gran parte de la "gentry" escocesa.

En cuanto a Sandringham, "ese viejo edificio húmedo" como él lo llamaba, lo hubiese vendido gustosamente si su madre no viviera aún. Por deferencia a la Reina conservó el castillo y sus parques, pero despidió a casi todo el personal y puso en venta las tierras de numerosas granjas que dependían del castillo.

Eduardo VIII sólo podía vivir en un solo lugar y con una sola persona: en su querido Fort Belvedere y con Wallis Simpson.

Fué este cambio en las costumbres, que los viejos tradicionalistas calificaron de herejía; fué el hecho de haber prometido, sin consultar a nadie, a los desgraciados mineros y a los obreros sin trabajo en conflicto con el gobierno, ocuparse directamente de su suerte lo que le valió a Eduardo VIII tener que devolver la corona de sus antepasados?

Eso no entra en el cuadro de este artículo, que únicamente trata de la vida íntima del hombre. Pero la verdad es que Eduardo VIII parece haber sido una de las últimas grandes víctimas del principio que establece que en Inglaterra nadie puede tocar nada sin el consentimiento de todos.



La futura reina de Gran Bretaña

Jorge VI, digno heredero del tradicionalismo de su padre.

DESPUES DE SU HERMANO, LA TRANQUILIDAD DE JORGE VI REPUSO CADA COSA EN SU LUGAR

Y LA TRANQUILA INGLATERRA HA VUELTO A ENCONTRAR CON ALEGRIA, EN SU NUEVO REY, LA PONDERACION, LA MEDIDA, EL JUICIO Y EL SENTIDO FAMILIAR DEL REY JORGE V.

DESPUES de los dramáticos días de diciembre de 1936, que terminaron con la abdicación de Eduardo VIII y con la ascensión al trono, bajo el nombre de Jorge VI, de su hermano, el duque de York, los más fieles sostenes de la corona sintieron un gran alivio.

¿Cómo unos soberanos que subían al trono en circunstancias tan delicadas llegaron a conquistar los corazones de sus súbditos?

Con sorpresa general, el rey Jorge VI y la reina Isabel lo lograron rápidamente.

Y su principal elemento de popularidad fué el ejemplo de una vida familiar que no podía sino recibir la plena aprobación y motivar la aprobación de un pueblo tan tradicionalista en el alma como lo es el pueblo inglés con Jorge VI y con Isabel.

Fué, en la corte, el reflorecimiento de las costumbres del tiempo de Jorge V y de la reina María, y en lo privado la suave atmósfera burguesa y familiar rehizo su aparición.

La primera manifestación de regreso al "buen viejo tiempo" fué la decisión del rey, quince días después de ascender al trono, de pasar las Pascuas en Sandringham como lo hacía su padre.

LAS PASCUAS ANCESTRALES.—

Después de una ceremonia religiosa en una pequeña iglesia de campaña en donde los paisanos de los pueblos de los alrededores fueron a despedirse de Jorge V por última vez, la familia real asistió a un gran almuerzo en el castillo. La reina María, que había dispuesto todos los detalles de esta fiesta tradicional, había querido que el menú fuese típicamente inglés y he aquí lo que se sirvió a la mesa real:

Potage a la tortue
Dinde du Norfolk
Roasbeef et Yorshire pudding
Choux de Bruxelles á l'eau
Pommes vapeur á l'anglaise
Asperges
Plum Pudding
Mince Pies
Glace
Fruits rafraichis
Fromage de chester avec céleri en branche et biscuits
Café

Después del almuerzo un gigantesco árbol de Navidad recibió a todos los niños de los alrededores y al terminar la fiesta el rey arrojó, de acuerdo con la costumbre, los bombones de Navidad a la multitud de niños reunidos bajo los balcones del castillo, mientras que las pequeñas princesas se veían acordar el permiso, tantas veces pedido, de montar, por turno, sobre "Jack", el viejo poney de Jorge V.

Esta reunión familiar no era más que la primera etapa del regreso a la tradición que iban a efectuar los nuevos soberanos.

En todos lados se restableció el estado de cosas que existía en tiempo de Jorge V.

HABIA QUE REHACER TODO.—

En Sandringham, Jorge VI anuló las ventas de los terrenos hechas por su hermano. Los viejos granjeros, los guarda caza, los jardineros despedidos volvieron a su trabajo, las caballerizas se llenaron de caballos y las perreras de perros. Las faisanes fueron preparados para las cazas futuras y se limpiaron los hermosos canteros de verdura que empezaban a ser invadidos por las malas hierbas. Los relojes que Eduardo VIII había hecho poner en hora fueron nuevamente atrasados en una hora, como en los tiempos de Jorge V, y todo el dominio volvió a su vida de antes.

Ocurrió lo mismo en Balmoral y la vieja morada escocesa volvió al brillo de sus mejores días.

La familia real reunió en suntuosas recepciones tradicionalistas a toda la nobleza de Highlands. Las cazas a caballo sucedieron a las partidas de pesca del salmón y se dieron grandes fiestas en el parque del castillo. Se volvió a oir sonar en Balmoral los "bag-pipes" mientras que los miembros de los diferentes "clans" iban a rendir homenaje a la encantadora reina de Escocia. Esta adora, por otra parte, la atmósfera de su país y es la que ordena con cuidado las comidas típicamente escocesas que ofrece a sus huéspedes y que siempre comprende a los platos tradicionales.

La noble morada de Windsor recobró también la vida. Los apartamentos reales fueron reabiertos en su totalidad y se recuperaron los muebles que había hecho amontonar Eduardo VIII esperando la ocasión de deshacerse de ellos. La familia real y la reina María volvieron a tomar el camino del viejo castillo con gran alegría de las pequeñas princesas que estaban muy contentas de poder correr por el parque con su perro favorito y jugar a la dueña de casa en el minúsculo apartamento que se les construyó al efecto.

Los trabajos emprendidos por Eduardo VIII en Buckingham Palace no fueron detenidos, sino que se modificó su curso a fin de poder poner todo en buen estado como estaba en el tiempo de Jorge V.

La vida de la corte volvió a ser lo que era antes del corto reinado del rey soltero y la existencia privada de la familia real volvió a tomar el mismo ritmo que antes y con el mismo horario inmutable y preciso.

Despertar a las siete de la mañana. El rey, inmediatamente vestido, recibe a sus secretarios y les da sus instrucciones para preparar el trabajo. Luego hace un corto paseo a caballo. La reina va a ver a las pequeñas princesas y conversa con las maestras.

A las 9 y 30 el breakfast íntimo reune a los soberanos.

Cuando está también en Sandringham, en Windsor o en Balmoral, la reina María jamás dejar de unirse a ellos. La reina Isabel, que escucha todos los consejos de la reina madre, compra el mismo te que ella. El menú se compone invariablemente de pescado cocido, o de huevos y fruta. El rey vuelve luego a su gabinete de trabajo y la reina se ocupa con un cuidado de mujer bien ordenada de las cuestiones internas de la coret, de la educación de las niñas y examina con atención las cuentas de los dominios reales.

A las 1 y 30 el lunch vuelve a reunir a la familia. Las pequeñas princesas asisten a él ahora con bastante frecuencia y es para ellas un gran placer comer con las personas mayores.

El menú, siempre muy simple, se compone de sopa, un plato de carne, legumbres, entremets o frutas, y queso. Solamente se bebe agua o te. Sin embargo, a veces el rey toma un vaso de sauternes, que es su vino preferido.

Después el rey se vuelve a reunir con sus secretarios y recibe algunas visitas importantes. La reina vigila las lecciones de sus hijas o se ausenta del palacio. Sale frecuentemente con la reina María que la considera como a una hija y la guía con sus consejos que siempre son escuchados. La reina madre, que es una verdadera artista en lo que concierne a los trabajos de señoras, ha hecho de su nuera su discípula y frecuentemente las dos reinas se reunen para trabajar con algunas íntimas ya sea en Buckingham Palace, ya sea en Marlborough House.

LA VIDA FAMILIAR.—

De noche, la cena familiar reune al rey, a la reina y a veces a algunos íntimos, en el comedor chino en donde cenaban Jorge V y su esposa. Después de la cena los soberanos quedan frecuentemente solos. Ha sido en el curso de esas intimidades que la reina Isabel ha logrado hacer aplicar al rey un método que le permite eliminar un ligero defecto de pronunciación que lo afectaba mucho cuando tenía que tomar la palabra en público.

Así como su padre, las horas que más aprecia Jorge VI son las que pasa con su mujer y sus hijos.

Frecuentemente a la hora del te el rey se va con la reina a los apartamentos de sus hijas y con alegría de éstas él mismo les prepara el cacao.

Esta pequeña distracción le recuerda los duros momentos de la guerra, en que mientras los cañones tronaban en la batalla de Jutlandia, se encontró al futuro soberano, al que creían muerto o perdido, preparando tranquilamente cacao bien caliente para sus compañeros helados de frío.

LA VIDA DE LAS PEQUEÑAS PRINCESAS.

En todas las casas reales, las pequeñas princesas tienen sus apartamentos particulares en donde pasan la mayor parte del tiempo.

La pequeña Margarita Rosa tiene una sola institutriz, pero Isabel, que empieza a abordar materias bastante variadas, tiene varios profesores. Se dice que es bastante débil en matemáticas, pero muy fuerte en literatura y en francés.

De noche las dos princesitas se acuestan temprano, en dos camitas gemelas que están en una alcoba contigua a la de sus sirvientes.

La pequeña Margarita es un bebé gordito y siempre está contenta, pero su hermana mayor tiene una personalidad mucho más afirmada y se cuentan a su respecto varias anécdotas bastante típicas.

Una vez que su padre entró de improviso en la "nursería" encontró a la pequeña princesa con un enojo terrible porque su nurse quería hacerle lavar los dientes con un cepillo nuevo.

Como su padre tratara de hacerle entender razón, le respondió secamente.

—¡Ocúpese usted de sus ministro, mi señor padre, y déjeme a mí entenderme con mis nurses!

Un sólido par de palmadas recordó a la futura reina de Inglaterra que aún no era más que una chica.

Estos pequeños sobresaltos de carácter de la princesita no le impiden tener un gran corazón y poseer un gran sentido de la rectitud y de la honestidad.

Un día, mientras paseaba por el parque con su nurse, encontró a una chiquilla que lloraba porque acababa de romper su muñeca. Se acercó en seguida a un vendedor ambulante para comprarle otra muñeca a la niña, pero el juguete era demasiado caro para ella y tuvo que pedir prestados dos chelines a su nurse.

Al principio de la semana siguiente, en cuanto hubo cobrado la pequeña suma que se le destina para sus gastos personales, fué en busca de su nurse e insistió para pagar escrupulosamente su deuda.

En ocasión del reciente viaje de los reyes británicos a París, esta ciudad invitó especialmente a las pequeñas princesas para que la visitaran. Francia, por unos días estuvo pendiente de la resolución pero el implacable protocolo impidió la visita.

Robert CALAIS.

EL VIAJE MARAVILLOSO POR GRACA ARANHA

ESPECIAL PARA **"EL DIA"**

Un capítulo de la novela del mismo nombre del gran novelista brasileño, que aparecerá en el curso de la presente semana editada por el CLUB DEL LIBRO de Buenos Aires.

❉

TERESA había vuelto a su casa al oscurecer. Traía en el automóvil muñecas, juguetes, vestiditos para Lilí. Quería hechizarla para la liberación. Subió por el jardín klaxonando alegremente. El tiempo estaba húmedo y ya era tarde para que Lilí estuviera afuera. Teresa descendió del automóvil· entró por los fondos de la casa, cargada con los regalos, gritando alborozada:

—Lilí, Lilí de su mamá... ¡Uh! ¡Uh! Pasó por el comedor, donde creyó que estaba Lilí cenando. Al no encontrarla fué a quitarse el sombrero en su cuarto y después corrió alegremente hacia el cuarto de la hija. Tampoco estaba allí. Teresa dejó los paquetes y las cajas encima de la camita de la niña.

—Lilí, Lilí...

Teresa fué a la puerta del frente y gritó:

—¡Hija mía! Lilí...

Mucha frescura, mucho silencio y ya estaba todo oscuro. Teresa descendió al jardín llamando a gritos a la hija, dió la vuelta corriendo por la enramada y, no oyendo la voz de Lilí, entró angustiada en la casa, llamando a gritos a la mucama. La encontró en el comedor, aterrada, sin hablar. Teresa la tomó violentamente por el brazo y le ordenó:

—¡Diga inmediatamente dónde está Lilí! ¿Enferma? ¿Asistencia? ¿Desastre? Hable, mujer, hable...

La criada balbuceó algunas palabras desordenadas, confusas.

—No, no. La niña está bien, no le sucedió nada· gracias a Dios.

El espanto de Teresa aumentó. Se quedó áspera, alucinada, exigiendo el resto. La criada continuó tartamudeando:

—Fué el patrón y Balbina, que llevaron a la niña para la "fazenda" de la tía...

Teresa se desvaneció y cayó sobre la criada, que, llorando fuerte, exclamando maldiciones contra Radagasio y la negra, fué llevándola desfallecida, helada, hacia el sofá. Los gritos de la criada alarmaron a toda la casa. Llegaron los demás sirvientes y auxiliaron a Teresa. Poco a poco, con los cuidados que le prodigaron, fué recuperando los sentidos. Volvía de lejos, del sopor de la inconsciencia, aturdida con la sensación del vacío y con los vapores del éter y del amoníaco, entre cariños y consuelos, que le hacían ruidosamente. De repente, le surgió la plenitud de la reacción. La sangre se avivó, todo el cuerpo entró en calor, el rostro enrojeció. Con los ojos ardientes, colérica, impuso silencio y, ya de pie, interrogó a los criados. Le contaron que a las tres de la tarde Radagasio había vuelto a la casa. Desconfiando de todos, se encerró con Balbina en el escritorio, mientras la niña dormía. Un poco después apareció la negra, despertó a Lilí, la engañó con un paseo en automóvil. Se cerró con la niña y nadie, por más que intentasen saber, pudo descubrir lo que pasó. Sin demora Radagasio mandó llevar unas valijas al coche. Balbina mandó otras y partieron llevando a Lilí. En el momento de partir, Radagasio dijo que si preguntaban por ellos, que respondiésemos que habían ido a la "fazenda" de la tía en Valenca. Balbina todavía discutió con el patrón por ser hablador.

—¿Y la nena, mi hija, qué decía? ¿No lloraba? ¿No me llamaba a mí?, indagaba rápidamente Teresa.

—La niña estaba medio atontada· medio con sueño, respondió la criada. En esos casos, usted sabe, señora, que los niños quedan verdaderamente aturdidos, parecen asombrados. Nosotros también quedamos como zonzos, nos dimos cuenta que era una maldad, que le hacían a usted, y que todo eso era una porquería del patrón y Balbina.

—Ustedes son todos unos cobardes... Asisten a un crimen horrible y no hacen nada. No previnieron a la policía, cuando ellos partieron. Raza desgraciada... vociferó Teresa. Pero van a ver que esto no va a quedar así. Me he de vengar. ¡Ah, ellos me van a entregar a mi hija! Pandilla de bandidos, puercos, asesinos.

Se retiró a su cuarto protestando, con la sangre ardiendo, el corazón desordenado, las pupilas dilatadas, los ojos fuera de las órbitas· vibrantes, sobre el rostro congestionado. Marchaba agresivamente hacia apretaba las manos y extendía cerrados como para atacar a Radagasio y a la negra. Su desesperación era no poder correr para alcanzarlos, arrancarles a la niña y aplastarlos. Era tarde, para la revancha inmediata, que su cólera reclamaba. Pensó en Felipe, su único salvador, su compañero eterno e idolatrado. Salió del cuarto para telefonearle. En el camino dudó. Era tarde. Los fugitivos estarían lejos. Felipe no podría hacer más nada para detenerlos. Tuvo pena de alarmarlo y producirle una angustia inútil. El no podía acudir a su llamado y llegar a esa hora de la noche a su casa, y ella no debía ir a la casa de Felipe, donde aún estarían sus amigos. No telefoneó. Al volver por el corredor, el cuarto de Lilí abierto de par en par, desierto, inmenso de soledad y tristeza, la atrajo. Teresa entró. El temor transformó la cólera. Sentía como si Lilí hubiera muerto. Teresa estaba lívida. La sangre afluía al corazón. El cuerpo temblaba, la garganta se le había secado· las piernas le flaqueaban y Teresa cayó de lleno sobre la cama de Lilí. Helada por el sudor, aterrada por un repentino vacío, cerró los ojos y hundió la cabeza en las almohadas. El perfume de la hija fué infiltrándose en Teresa. En la desesperación, en el pavor, sin desenterrar la cabeza los labios besaban dulcemente, sordamente, la funda, impregnada del calor lejano, que Teresa buscaba, y el aroma de la cabecita de Lilí. Con el beso apretado, le invadió el llanto, que era un afectuoso mugido maternal. El tiempo fué pasando, disolviendo la cólera, en el aniquilamiento de la "saudade". Teresa se revolvió en la cama de la hija. Levantó la cabeza de la almohada y posó los ojos en los muebles festivos y en los juguetes inmóviles, que también esperaban a la niña, que los hacía vivir y que los había abandonado. Pasó la mano por una muñeca· la apretó en los brazos, la besó locamente. Era Lilí, a quien Teresa, con los ojos cerrados, le sonreía como un ángel muerto, que había vuelto al cielo. Se sentó en la cama llorando y sonriendo, quebrantada. Los juguetes comenzaron a agitarse frente a sus ojos desvariados. Animales, polichinelas, arlequines, negros, pájaros, príncipes, princesas, campesinos, bahianas, se movían, danzaban· transfiguraban la tristeza y la inmovilidad del cuarto en una alegría acompasada de autómatas y cercaban a Teresa. Todo era la magia de Lilí, vivía en el espíritu de Teresa, desde donde animaba su mundo. Tambaleando, trastornada, Teresa se levantó y fué tacteando los juguetes, hablándoles un lenguaje de balbuceos, de monosílabos, monólogo, conversación infantil, incoherente, el lenguaje de Lilí. Si dejaba los juguetes era para apegarse a los floreros, a los almohadones, a los adornos del cuarto, llenos de la admiración y del interés cariñoso de Lilí. Abrió el armario. Las ropitas colgadas eran las formas coloreadas, alegres, maravillosas, del cuerpo de Lilí. Las agarró con desesperada violencia, las besó febrilmente, lloró fuerte e imploró al destino.

—Lilí, mi Lilí, dónde estás, vuelve ,vuelve con tu mamita.

En el impresionante silencio, Teresa, apretando en las manos un vestidito de la niña· cayó postrada en una poltrona junto al armario repleto de fantasmas de Lilí. Aquellos vestidos presentaban mil imágenes de la niña. Era Lilí en casa, en el jardín, en los paseos. En el espíritu de Teresa estas imágenes vivas, actuales, se iban descomponiendo hacia el pasado, retrocediendo, trayendo otras imágenes de las edades de Lilí, más pequeña, más bebé hasta aquella del instante maravilloso, en que Teresa sintió el prodigio de la maternidad y de su cuerpo brotar otro cuerpo humano, palpitante, caliente, que después ella abrigó en su seno, alimentó, crió, mimó, infiltró de cariños y de inteligencia y que era su hija· su Lilí, su amor, su juguete, su hechizo, su proyección, que súbitamente había desaparecido, tal vez para no volver nunca más. Ese recuerdo y esa angustia fueron entreteniendo a Teresa, absorbiéndola en la amargura, hasta que un sueño letárgico la paralizó. Los criados no se animaron a despertarla. Temían su cólera. Cerraron la casa y desaparecieron. La invadieron los sueños confusos y dolosos con una celeridad asombrosa, no permitiendo que se fijaran las imágenes y lo complejo de las acciones superactivas. Sólo más tarde al amanecer, cuando los nervios se fueron calmando, un sueño se precisó nítidamente.

Teresa se vió muy pequeña, abandonada, caminando solita por la selva encima de la ciudad y por la orilla del mar. Iba caminando y encontró una pareja de enormes animales negros que la persiguen. Corre, corre. Los animales eran monos que saltaban de rama en rama, gritando, silbando, alarmando la selva. De repente ella cayó en un abismo. Pero quien cayó no fué ella, fué Lilí· a quien socorrió. La niña cayó en el jardín de Teresa, herida, y agonizó en el delirio de la meningitis. Lilí murió y los animales monstruosos aparecieron para llevar el cajoncito. Teresa lanzó un grito de horror. Los monstruos eran Radagasio y Balbina. Iban a enterrar a Lilí. Felipe los expulsó. Yuyú venía sonriendo tiernamente, y llevó el cajoncito hacia el rincón de los niños en el cementerio. De lejos, ella y Felipe miraban a los niños muertos jugando. Teresa llevó a Felipe hacia la quinta de Laranjeiras. Pasó la noche en el banco de piedra debajo del jazminero. Teresa gozó los besos de Felipe, su voluptuosidad de amante. ¿Por qué el jazmín no perfuma? Felipe también había desaparecido. El sueño fué confuso, oscuro. Teresa sólo se sosegó cuando se vió vestida de blanco con tul y guirnalda. Se va a casar con Felipe y él no llega. Quien aparece es Radagasio, resoplando, estornudando, lagrimeando, tartamudeando.. Teresa tiembla de remordimiento. Le había faltado a Felipe al no ir a vivir con él. Angustia. Sublevación. Teresa huyó, corriendo, y se arrojó del morro de la Gloria para morir. Sintió que volaba. El tul era un ala blanca. La guirnalda era la aureola, la corona. Iba subiendo, subiendo. El cielo estaba puro, el mar luminoso. Teresa volaba en lo azul· más alto, siempre más alto. En el corcovado, Felipe recibió a su novia, la santa, la inmaculada, la libre Teresa.

Fué en ese último sueño, que Teresa se despertó, cuando la claridad de la mañana invadía el cuarto lleno de las luces de las lámparas. Teresa se encontró extraña en aquel desorden de juguetes desparramados, de roperos abiertos, de vestidos por el suelo y la cama de Lilí deshecha. El sueño proseguía en Teresa, despierta, la magia de la liberación. Su entrañado deseo por Felipe gobernó sus movimientos. Quiso correr junto al idolatrado. Se levantó apresuradamente y resuelta abandonó el cuarto de Lilí. Cuando la mucama la vió pálida y serena, se quedó asombrada. Teresa mandó que le trajesen las valijas guardadas y se encerró para cambiarse la ropa y bañarse. Más tarde ella estaba ansiosamente alegre. Ayudada por los criados, preparando su partida.

Felipe y Teresa habían pagado en miserias, sufrimientos, martirios, lágrimas· la suprema liberación. Se desencarnaron de todas esas tristezas, se aliviaron del peso de los perturbadores recuerdos, se abismaron en el éxtasis de la pasión. En la tierra cargada de voluptuosidad, se fundían en la vida universal. Había tanta densidad de inocencia en ellos, que eran perpetuamente atraídos por todo lo que parece inmensamente inconsciente, el cielo, el mar, la floresta. En esa atracción el infatigable regreso a la inconsciencia. No había un gesto de belleza en el mundo, que no fuese la intención del amor. La naturaleza se complementaba maravillosamente en los amantes. El sentido misterioso del universo se revelaba para Felipe en las formas y



en las expresiones de Teresa. Sólo ellas tenían la realidad absorbente. El cuerpo de Teresa en la desnudez solar, encontraba el calor y la sombra, que la luz crea, la vegetación que lo ligaba a la tierra, a las lejanas moléculas y al infinito secreto del mar. Los aromas imperiosos y fascinantes. La voz de los deseos. Todo se unía, todo continuaba.

La sensualidad tropical vagaba en aquel paraíso. Felipe y Teresa estaban serenos en la alegría del amor. El encantamiento se ampliaba en la magia espiritual de la liberación. No comprendían más los odios, las luchas, las miserias humanas. Poseían el reposo divino, el misterio de los misterios, la eternidad en la relatividad. El amor lo resuelve todo. Sólo él satisface y da la perpetua alegría.

Algunos días después estalló abajo el carnaval.

Maravilla del ruido, encantamiento del barullo. "Zépereira", "bumba", "bumba". Voces de falsete, irritantes, zumbantes. La guitarra llora y patalea. Melopea negra, melosa, hechicera, candombe. Todo es instrumento, flautas, guitarras, reco-recos, saxofones, panderetas, latas, gaitas y trompetas. Instrumentos sin nombre inventados súbitamente en el delirio de la improvisación, del ímpetu musical. Todo es canto. Los sonidos se sacuden, berran, luchan, revientan en el aire sonoro de vientos, silbidos, klaxons y aceros estrepitosos. Dentro de los sonidos se mueven los colores, vivos, ardientes, saltando, bailando, desfilando bajo el verde de los árboles, en la cara azul de la Bahía, en el mundo dorado. Dentro de los sonidos y de los colores se mueven los olores, olor negro, olor mulato, olor blanco, olor de todos los matices, de todas las excitaciones y de todas las náuseas. Dentro de los olores, el movimiento de los tactos violentos, brutales, suaves, lúbricos, tiernos, alucinantes. Tactos, colores, sonidos, olores que se funden en gustos de "gengibre", de maní, de castañas de bananas, de naranjas, de bocas y de mucosas. Liberación de los sentidos envolventes de las masas frenéticas, que maxixan, gritan, trashuman, deslumbran, saborean, de Madureira a Gavea, en la unidad del placer desencadenado. Carnaval. Todo se afemina. Gloria de la mujer. Ella, para ella y por ella. Inversión universal. Hombre-hembras. Mujeres-machos. Retor ancestral al culto lunar, al misterio nocturno. Desquite de la hembra. Resurrección de las bacantes, de las brujas, de las diablas. Misa negra, tragedia negra.

Triunfa la negra, triunfa la mulata. Música, charanga, desfile, maxixa, zamba. En el nocturno de la Plaza Once el negro y el castaño dominan el vermellón de las caras, de las carnes, de las máscaras y de las vestimentas alegres, vibrantes. Automóviles y tranvías chispean, iluminan, adornan. Todo se aprieta, se friega frenéticamente, gustosamente. Las comparsas cantadoras rompen la masa colorida, calentada. Los olores locos se alborotan y embriagan. Para matar la sed de los cantadores, de los berradores, los refrescos de coco, los helados de limón y ananá. Para el hambre los dulces de "negramina", "pé-de-moleque", "alcacar", tapioca, "manaué". Africa Bahía, Brasil. Irrupción de bengalíes, congos, motosos, trompudos, ancas, tetas.

Sobre los cuerpos negros, la iluminación del oro, de la plata; de las cuentas, y de las ropas, de donde los colores saltan en delirio, amarillos, rojos, azules, verdes. Música de tablado. Batería. Cantilena infinita, confusa, de las bocas negras, abismales. Melopea llorosa para palabras canallas. Rompe la inmovilidad onduiante un grupo de bahianas, danzando, cantando, "saracoteando", la gruesa lujuria negra, olfateadas, seguidas por gorilas calientes, de trompas largas, tocando panderetas, saltando lascivos. Las bahianas huelen a clavel, a vainilla y a hembra. El "mondronguinho" también olfatea, aspira, entonces, empalidece, suspira, exclama: si en Portugal hubiesen bahianas yo no salía de allá!

Las bahianas levantan las polleras amplias y danzan en requiebros de caderas, en el arranque de las "ombligadas". La sensualidad es religiosa. El ritmo de las comparsas es sacerdotal. En el drama sacro, grave y profundo. En la base de la magia, el culto. El carnaval se espiritualiza. En su inmenso manantial recibe las corrientes de las creencias, de los cultos, que se transforman en fiestas. También ahí desaguan los cantos y las melodías de todo el pueblo del Brasil.

Por entre la excesiva alegría musical de los comparsas, de los "cordoes" siguiendo la fila lenta de los automóviles de máscaras retumbantes, de mujeres disfrazadas, barullentas, salpicadas de confetis, lanzando serpentinas, iba un automóvil cerrado, lúgubre. Dentro, un hombre sombrío. Al lado del chauffeur dos valijas. Es un viajero que huye del carnaval y va a tomar el tren. Los carnavalescos embisten contra el automóvil triste. Gritan desgañitadamente:

—Coronel, ¿viene de algún entierro? ¿Cómo se llamaba el difunto? Coronel, ¿enterró a su padre y va a llorar en Paty?

El hombre oscuro se exasperó y ordenó al chauffeur que siguiera. Los carnavalescos pararon el coche y silbaron al hombre fúnebre. Las bahianas cantaban y se meneaban excitando a la multitud. "María, María Antonieta. Tu padre toca trombón, tu madre toca corneta". La alegría transborda en el coro que es una silbatina creciente. Abren la puerta y arrancan al hombre. Es Radagasio.

—Coroné coroné, baila, mi bien una maxixa con tu negra.

Las bahianas apretaban el cerco. La negrada se apoderó de Radagasio. Sofocado, apretado, sacudido, maltratado, Radagasio se debatía para escapar.

—¡Déjenme!

Las carcajadas crecen y le dan un ritmo bárbaro desacompasado al placer furioso. Los cantos gritan: "María, María Antonieta. Los cantos gritan: "Yo fuí a una zamba allá en el morro de Mangueira... Claudionor, Claudionor". La música se encrespa, la danza negra envuelve a Radagasio. Desesperado, Radagasio aún tuvo aliento para vociferar lúgubremente:

—Déjame, Carnaval. Yo detesto a Momo.

Las bahianas agitadas, alegres, van empujando a Radagasio hacia dentro de la multitud. Los hombres violentos lo arrojaban, de unos a otros. Maxixa, "macumba" candombe. Fué la zamba de Radagasio.

EL DRAMATICO ROMANCE DE BLANCA NIÑA

He aquí a la Blanca Niña del antiguo romance. Es joven y hermosa. Pero se marchita como una flor entre los muros grises del severo castillo feudal.

Paladeaba las últimas gotas de miel de la infancia, cuando la ofrecieron en matrimonio a un viejo conde. Aceptó. ¿Qué más podía hacer una hija de aquellos tiempos? Acaso el amor a otro hombre le hubiera dado fuerzas para resistir. Pero el amor, más respetuoso que los seres que la rodeaban, no había herido aún su corazón de niña.

Casarse, tener criadas a quienes mandar, rodearse de lujo, ser condesa, eran nuevos juegos — pensaba — que le agradarían.

¡Ay! ¡Cómo se equivocaba Blanca Niña!

*

El conde es demasiado viejo para ella. Ha perdido toda frescura espiritual. No sabe reír. Ni decir esas deliciosas tonterías que halagan el oído de las mujeres. ¿La ama? Tal vez. A su manera. Sin que el amor le haga aflojar ninguno de los resortes de su acerada voluntad. Con el orgullo recio del señor feudal, acostumbrado a ser obedecido.

La rodea de comodidades. Y de severa frialdad. De una frialdad que espanta.

¿Cómo querer a un marido así? Ni estimarlo. Se le teme, eso sí. Sábese que a la menor sospecha de engaño, matará en nombre de la "honra", que no es, en el fondo, sino la forma más terrible del egoísmo.

*

Blanca Niña se marchita como una flor. Se hastía. A veces, llora su tremenda soledad. Envidia la vida de sus vasallos.

Es condesa. Tiene criadas que le obedecen. La mima el lujo. ¿Qué le falta, pues?

Otras veces, ríe o canta sin motivo. Hierve su sangre. Aspira ávidamente los perfumes de la primavera. Sus labios pierden besos que nadie recoge. Se hace cada día más intenso el azul de sus ojos. Suspira. Sueña... Su imaginación, artista prodigioso, crea mundos desconocidos...

Por momentos se cree feliz. Cuando despierta, la soledad, la honda y dolorosa soledad, la ciñe con sus fríos brazos.

*

Es de tarde. Blanca Niña, caída en la red sutil del ensueño, no ve ni oye llegar al caballero que se siente atraído por su hermosura y su soledad:

Blanca sois, señora mía,
más que no el rayo del sol...

Lo mira sorprendida. Es un joven guerrero de varonil belleza. Acaso no la conmueve ésta tanto como la voz, una voz que despierta misteriosas resonancias en los escondidos huecos de su alma.

¿Qué quiere este guerrero, cubierto aún del polvo y la sangre de las batallas? Quiere una noche de amor. La limosna de unas caricias de mujer, cuya dulzura hace siete años que no siente, y que le darán nuevos bríos para seguir luchando contra el árabe invasor.

¿Acusaréis de liviandad a Blanca Niña? Pensad en su juventud sin amor, en la vejez del conde...

La joven no puede, en tales circunstancias, negar lo que se le ruega. La oportunidad es única:

...el conde es ido a la caza
a los montes de León.

El feliz conquistador empieza a despojarse de su armadura y manifiesta el deseo de que el viejo conde no pueda regresar vivo a su casa.

El idilio empieza. Besos. Suspiros. Débiles protestas...

Pero Blanca Niña no podrá ser feliz. Pertenece a los seres elegidos por la fatalidad.

El marido llega inesperadamente. Apenas hay tiempo para que el seductor se esconda. Quedan, sin embargo, señales evidentes de su presencia.

El conde pregunta:

—¿Qué hacéis, la Blanca Niña,
hija del padre traidor?

¿Por qué es traidor el padre? Lo ignoramos. La hija no se preocupa de ello y sí de disimular su engaño con una pasmosa sangre fría:

—Señor, peino mis cabellos.
péinolos con gran dolor,
que me dejéis a mí sola
y a los montes os vais vos.

El viejo marido no se deja engañar. Pregunta de quién es el caballo que acaba de relinchar en el patio del castillo.

La esposa infiel lucha desesperadamente por su salvación y agrega otra mentira: aquel caballo lo envió su padre para el conde.

Insiste el marido:

—¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?

Blanca Niña todavía tiene fuerzas para responder:

—Señor, eran de mi hermano,
y hoy os las envió.

Lucha terrible la que sostienen estos personajes. A la firmeza del marido se opone la astucia de la mujer.

Blanca Niña defiende su vida con una inteligencia de la que no la creíamos capaz. Milagros del amor. Esta joven tímida, sin experiencia, criada en el acatamiento absoluto, ha encontrado en sí misma energías insospechadas.

El conde no se da por vencido:

—¿Cuya es aquella lanza,
desde aquí la veo yo?

¿De dónde sacar otra fingida razón? ¿Dónde está el guerrero enamorado que no aparece ahora para salvarla? ¿Se ha ido, sin armas y sin caballo? ¿Es un cobarde, o la tiene en tan poco, pese a sus juramentos, que no siente la necesidad de comprometerse por ella?

¡La lanza! No resiste más la débil naturaleza femenina. Se dobla. Se quiebra. Se resigna a morir. Cae a los pies del hombre:

—Tomalda, conde tomalda,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde,
bien os la merezco yo.

Y el "buen conde", sin duda, la mata. Así paga la dulce y bella Blanca Niña el enorme crimen de querer ser feliz cuando el hado — que en muchos casos es sólo lo que los hombres han dispuesto — se empeña en lo contrario.

Manuel BENAVENTE.

Dibujo de AGUERRE.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



EL GRAVE ERROR DE TARZÁN





















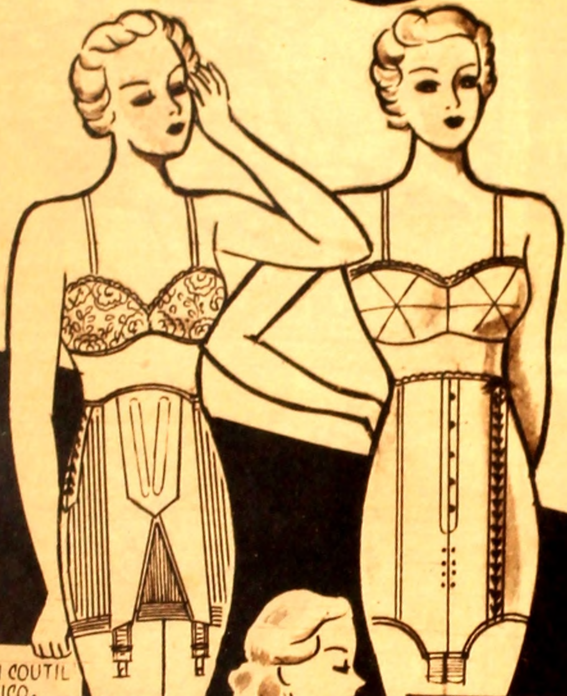

Casa Soler

Sección Señoras

FAJAS CORSES Y SOUTIENS PRACTICOS Y CONVENIENTES



FAJA EN COUTIL CON BALLENAS Y QUILLAS ELASTICAS, 40 CTMS. DE ALTO. $ 1.75
SOUTIENS EN POPELINA de SEDA $ 0.45



FAJA EN COUTIL Y ELASTICO. 40 CTMS ALTO. $ 2.60
SOUTIENS DE ENCAJE $ 0.40

CORSET EN COUTIL MUY REFORZADO 45 CTMS. ALTO $ 2.60
SOUTIENS EN POPELINA DE SEDA 0.50

FAJA EN COUTIL DE SEDA CON QUILLAS ELASTICAS- TODA FORRADA. 45 CTMS. ALTO $ 4.80
SOUTIENS EN LA MISMA TELA CON CUBRE ESTOMAGO $ 2.50



FAJA EN COUTIL SATINADO CON QUILLAS ELASTICAS, 40 CTMS ALTO $ 3.00
SOUTIENS EN TRICOLINA DE HILO $ 0.80

FAJA EN COUTIL Y ELASTICO ALTO 40 CTMS. $ 4.80
SOUTIENS EN DRIL ABOTONADO ADELANTE $ 1.50

FAJA EN DRIL CON BALLENAS Y QUILLAS ELASTICAS. 30 CTMS. ALTO $ 1.30
SOUTIENS EN POPELINA DE SEDA $ 0.30



FAJA EN GOMA REVESTIDA EN JERSEY CON 2 MEDIAS CARTERAS O TODA ABIERTA $ 3.90

FAJA SUPERLASTIC DE SEDA PARA TODA SILUETA $ 3.00

FAJA SUPERLASTIC EN 38 CTMS. DE ALTO $ 1.80

FAJA TODA ELASTICA CON DOS MEDIAS CARTERAS 40 CTMS DE ALTO $ 2.90

FAJA EN COUTIL BROCHE Y ELASTICO. 40 CTMS DE ALTO $ 3.20
SOUTIENS EN TRICOLINA HILO $ 0.95



CORSET EN COUTIL SATINADO CON BALLENAS REFORZADAS 40 CTMS. ALTO 3.60
SOUTIENS EN DRIL CON CUBRE ESTOMAGO $ 1.00

"PUBLICIDAD"

En nuestras tres casas:

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
Esq. M. SOSA

SUC. CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
Esq. PIEDAD

SUC. GOES
Av Gral. FLORES 2341
Esq. M. BERTHELOT